

## Los sueños, las ruinas, la vida.

**L**as ruinas y la vida. ¿Qué extraña relación se forma entre esas palabras capaz de reunir algo que parece más próximo al reino de la muerte que al de la vida? ¿Se trata tan sólo del papel de la metáfora que haría de la ruina algo cercano a las crisis de la vida o a sus angustias y problemas? Evidentemente se trata de algo más. Quizá de otro «claro del bosque», de otro centro. En *Los sueños y el tiempo* María Zambrano se propone elaborar una «fenomenología del sujeto privado de tiempo». Nosotros, sin apartarnos de Zambrano, vamos a trazar un camino paralelo que parafraseándola podríamos denominar una «fenomenología del lugar privado de tiempo». Fenomenología de los lugares, de los ámbitos, de los espacios privados de tiempo.

De entrada podríamos pensar que al elegir ese rótulo de «fenomenología» para el análisis de los sueños Zambrano se desplaza de una escuela a otra, de la de Freud a la de Husserl. Y, sin embargo, lo cierto es que se distancia de ambas, ni hermenéutica ni fenomenología, su filosofía parece quedar fuera de las grandes corrientes del siglo. María Zambrano no trata de interpretar el contenido de los sueños, ni de llevar a cabo una reducción fenomenológica — *epoché* — que nos ofrezca su esencia pura. Más bien, es necesario comenzar a concederles un máximo de realidad, la realidad de la que viven,

la suya. La realidad del sueño no sólo como una parte limitada de la vida, su parte en sombra, sino, sobre todo, la realidad que se da en él, que se ofrece al igual que a la vigilia se le presenta otra realidad.

Realidad del sueño, realidad de la vigilia. Y ambas en el doble sentido que indican. En este doble sentido, realidad y sueño intercambian su soberanía: el sueño es real, y el sueño tiene su propia realidad. Su propia realidad en tanto que la realidad del sueño no coincide con la de la vigilia. Una realidad, por lo tanto, diferente, pero además, absoluta. «En los sueños no más se entra en su hueco, se entra en el absoluto y cuando aparece algún punto de realidad es con este carácter de absoluto que sólo en momentos extraordinarios acompaña a acontecimientos u objetos reales en la vigilia. Si en sueños se da algo real es real absolutamente por falta de sometimiento al tiempo que fluye, como sucede en la vigilia cuando se suspende el fluir temporal... Es necesario para que se produzca que este algo exceda la capacidad del sujeto, que venga a quedar asfixiado, o bien que la realidad se presente toda ella totalmente: la aparición de algo real con carácter de absoluto»<sup>1</sup>.

Es precisamente esto lo fundamental. El sueño es *fenómeno* no porque sea apariencia, sino porque muestra, deja ver, deja aparecer algo y

*Notas:*

<sup>1</sup> María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, pág. 18.

lo manifiesta: una realidad absoluta en la que el medio, es decir, el tiempo en el que transcurre la vida humana, desaparece. Pero un medio en el que también se produce la asfixia del sujeto. En este espacio se muestra la pertenencia entre la manifestación de ese *algo* real y absoluto y la muerte del sujeto. Al hacer desaparecer el medio de la vida humana, los sueños muestran la pasividad del hombre, su ser permanentemente afectado. Se produce un retroceso que es también una ascensión: un viaje del ser racional al ser sensible, a sus entrañas, una metamorfosis. El hombre vuelve a un estado casi a-humano para abrirse al sentir puro. En efecto, al desaparecer ese centro ordenador que es el Yo, la vida vuelve a sus primeras formas, la vida se deja «imprimir» como una hoja en blanco, y una nueva «aptitud para revelar» abre nuestra sensibilidad, se desnuda, y permite «convertir en vida todo lo que le toca». El contacto de la vida con este nuevo medio, con un espacio sin fluir temporal, constituye una revelación que la muestra en su pureza. «Los sueños descubren al sujeto, lo sorprenden mientras yace privado del tiempo... Son pues, un modo de revelación del sujeto»<sup>2</sup>. En efecto, lo que se descifra en los sueños es «la vida de aquel que padece su propia trascendencia». Y aquí trascender es sinónimo de transitar y de crear.

La fenomenología conduce a una antropología y la descubre. Pues la fenomenología del sueño muestra el tiempo a través del sintiempo. Pero esta antropología no proporciona algo así como la esencia genérica del hombre, tampoco es normativa pues no implica ningún deber ser; es, más bien, una ética<sup>3</sup>. El hombre, dice María Zambrano, no es un soporte, una sustancia, un punto fijo, una cosa o un *ser* acabado y completo, «sino como un núcleo viviente que va más allá de donde está, que tiende a

ser más allá de lo que es, que se sobrepasa. Un alguien —ser y no-ser a un tiempo— que trasciende y aun se trasciende»<sup>4</sup>. Por ética debe entenderse aquí no un código de reglas y prohibiciones, sino un modo de ser, de vivir, «un cierto comportamiento del sujeto». Esta ética es tanto del hombre como del mismo sueño, «ética del soñar». De aquí que la fenomenología lo sea tanto de un objeto (el sueño, un medio, un lugar...) como del sujeto. Ahora bien ¿cómo es posible hablar de una ética cuando se ha señalado que en los sueños desaparece no sólo el fluir del tiempo sino también el sujeto? ¿Una ética sin sujeto?»<sup>5</sup>. La fenomenología de Zambrano recorre un camino contrario al de Husserl. No reducción hasta alcanzar un Yo puro trascendental, sino apropiación de todos los lugares y ámbitos de la vida.

«Se trata pues de incluir los sueños y el soñar en el conocimiento de la vida humana, cumpliendo así la ley común de todo conocimiento que deshace el camino del olvido y de la espontánea abstracción: de incorporar a la experiencia este campo en sombras, esto «otro» que la vigilia, esta especie de réplica de la conciencia y que no es sino la súplica de todo lo vivido por llegar a ella. Y no hay otro modo de ganarlo para la experiencia sino abordando la validez de aquello que vaga fuera de ella, suplicante y amenazador... Como si lo propio de un sujeto activo, dotado de autognosis, no fuera el rescate —la percatación— de todo lo que se le presenta como *lo otro*, lo negativo, el lado en sombra, la mitad sombría por donde le es necesario a esta actividad que es libertad dar la vuelta, pasar por ella. Pues claro está que al traer a la conciencia, a la experiencia válida, lo otro, lo sombrío —eso que hemos dicho que suplica y clama—, no sólo se le hace pasar ante el sujeto vigilante sino que el sujeto pasa por ello tam-

<sup>2</sup> Op. cit. pág. 61.

<sup>3</sup> Para un análisis de lo que María Zambrano entiende por *ética* el hermoso texto de Laura Llevador, «Zambrano-Spinoza: elementos y tránsitos del pensar» en Carmen Revilla (edit.), *Claves de la razón poética*, Madrid, Ed. Trotta; págs. 139-147.

<sup>4</sup> *Los sueños y el tiempo*, pág. 22.

<sup>5</sup> «Problema» de Zambrano que se encuentra muy cercano a las preocupaciones y a los intereses de Michel Foucault. ¿Cómo elaborar una ética (nos referimos a los dos últimos tomos de la *Historia de la sexualidad*) desde la «muerte del hombre»?

bién, de lo cual quizá sean símbolo todos los poéticos descensos a los infiernos»<sup>6</sup>.

Inclusión, incorporación, ganancia, rescate. La realidad en su modo de darse se constituye como un juego de contrarios y de tránsitos, en el que la luz y la sombra, la presencia y la ausencia, la ocultación y la revelación, el Día y la Noche, en fin, la vida y la muerte, se entremezclan y se alternan, pero nunca se separan. Es la continuidad, la comunión. Y cuando el hombre cree alcanzar la máxima claridad y evidencia, cuando la objetividad parece proporcionar el control, entonces la ilusión de iluminación total genera la mayor de las pérdidas y el mayor de los olvidos. Pues si el olvido y la ocultación forman parte de la contextura misma de la vida es porque el tiempo, el pasar, es la ley de la vida, el abismo donde se esconde no sólo lo que se vivió, sino todo lo que no pudo llegar a ser pero sobrevive. Allí, en ese abismo se acumula un tesoro de no-nacidos, de una vida potencial. Por lo tanto, el mayor de los olvidos sería el olvido del olvido: vivir como si no hubiera un efectivo olvido, como si éste no marcara la ley de vida y su destino, como si esa parte de la realidad a la que accedemos y seleccionamos para el hoy y el mañana fuese ya *toda la realidad*.

«Pues que la realidad que al ser humano se le ofrece no acaba de serlo; a medias real tan sólo y, a veces, irreal por asombrosa, por sobrepasarse a sí misma pide. Y se es requerido constantemente por la realidad que suplica ensoberbecida y al par sierva, algo así como si le dieran la verdad que le falta, el ser que se quedó atrás[...] Y la realidad al pedir, siempre anda así también. Es una realidad ésta que nos concede y, al par, nos acomete, que anda suelta. Y su órbita más que su imagen es lo que de veras pide al hombre»<sup>7</sup>.

Sin embargo, la vida tiene siempre una cara vuelta hacia lo que se oculta en el pasado y en la Noche y que clama por subir a la superficie. Los sueños representan de modo privilegiado esa estructura de la vida: son un «caso» de cómo lo perdido, lo abismado, lucha por su revelación y ascensión. En el sueño el hombre es transportado como en una caída a lo otro de su vida. Y sin duda que la vida está socavada por esas ausencias que llaman y claman, y cuando el hombre se gira hacia su aviso se produce siempre un despertar esclarecedor en el que algo nuevo se incorpora. Se trata de una conquista, de una plenitud, pero también, de una *llamada* de la realidad que *pide* volver a vivir<sup>8</sup>, en la cual, en el mismo instante en el que el sujeto se decide soberanamente por lo real pierde entonces su soberanía al darse a sí mismo un gesto que le disuelve. Para este hombre expuesto a una realidad que le supera y que ha de soportar, comprender, ampliar, aligerar, resistir, trascender, olvidar y liberar; para este hombre escindido y bajo una realidad discontinua y fragmentaria, la experiencia y el conocimiento de lo otro se convierten en una necesidad metafísica de comunión y continuidad. Digamos que su humanidad le va en este juego consigo mismo y con la realidad en el que a fuerza de abandonar y asfixiar su ser-sujeto recupera su unidad y su ser-vida. De tal modo que la trascendencia no se dirige a un más-allá, sino a un más-acá; un devenir y transitar por la vida para ganar un extra de vida y de ser<sup>9</sup>. De aquí que esa decisión, al mismo tiempo soberana y sumisa, constituya la decisión ontológica, mejor aún, *poiética*.

María Zambrano no ha dejado ella misma de suplicar y clamar por todas esas «experiencias-límite» que la filosofía en ruptura con la poesía ha olvidado y excluido. Su interés es también un imperativo enviado a la filosofía.

<sup>6</sup> Op. cit. págs. 30 y 32.

<sup>7</sup> María Zambrano, *Claros del bosque*, págs. 34-35.

<sup>8</sup> Esta petición y esta llamada son, como ha dicho José Luis Pardo, una *repetición*. «*Repetir* es volver a pedir, invocar y evocar, solicitar, recordar y llamar lo ausente a la presencia». José Luis Pardo, *La metafísica*, pág. 34.

<sup>9</sup> En este sentido dice María Zambrano: «El estar poseído por la vida es correlato del estar *desposeído* del Yo, es una situación en la cual la vida ni fluye del interior del sujeto, el tiempo en suma, ni fluye desde su intimidad, que se encuentra detenida, encantada, prisionera». *Los sueños y el tiempo*, pág. 126.

Y si durante todo este siglo, desde Heidegger y Wittgenstein a Rorty, se ha reclamado la novedad del «giro lingüístico», a partir de María Zambrano podríamos hablar de un giro poético en la filosofía. ¿Podríamos incluir en él algunas o muchas páginas de Nietzsche, de Deleuze y de Foucault? Ese interés por las zonas intermedias, por las zonas de penumbra y sombra, por el «entre», los huecos, los intersticios de las cosas, las palabras, las vidas, las personas, los tiempos, en las que resuena y en las que habla un «sentir originario», un sentir más profundo que el de los sentimientos y el de la razón, es el que siente Zambrano por los sueños y por las ruinas.

Los sueños se encuentran en esa zona intermedia que es «umbral y llave» entre, por un lado, la presencia de la realidad de la vigilia y la conciencia, y por otro, el no-ser, el no-nacido pero que vive. Una «herida sin bordes» recorre el cosmos y nuestra psique. Dolor y clamor, esta herida no es un accidente reparable, sino el aliento que lo absorbe y devora todo, la potencia de la vida y de la muerte. Ella es la única realidad. «Herida sin bordes que convierte al ser en vida»<sup>10</sup>; herida que no se cierra, ni cicatriza. Herida, manantial de la tierra. «No puede responder más que a la alegría de un ser oculto que comienza a respirar y a vivir, porque al fin ha encontrado el medio adecuado a su hasta entonces imposible o precaria vida»<sup>11</sup>. Y la llamada surge de esa herida que llama, y que como llama consume e ilumina en su llamada de fuego y de socorro. Dejarse atraer pasivamente por la llamada constituye un acto de piedad por parte del que acude, sería lo que

Laura Llevadot ha denominado una «ética del pensamiento» que acoge la herida y la conserva abierta.

Llamada y decisión, pero no pregunta. No hay pregunta por el ser, sino búsqueda que le haga surgir y reunirlo con la vida. No se trata de preguntar ni de saber, sino de *sentir*. La vida, dice Zambrano, no es un estado, tampoco la realidad; la vida hay que hacerla. Y de aquí también, a la larga, la insuficiencia de toda hermenéutica y de todo historicismo, pues María Zambrano quiere y desea situarse en un ámbito diferente y anterior a lo efectuado. Pues pensar no es interpretar sino transitar hacia un «fuera absoluto», afuera de la historia, afuera del lenguaje, afuera del presente, afuera de la ciudad. «Desde ese punto fuera de la vida es desde donde únicamente se puede pensar»<sup>12</sup>. Es este punto minúsculo y suspendido, apoyo de cualquier cuerpo que se desea mover, el que María Zambrano quiere visitar y mirar. El punto —los puntos— que sostienen el universo y la historia; los vacíos. «Y el silencio»<sup>13</sup>. El silencio y la pasividad del que se interna en el claro, en el sueño, en la ruina, en el éxtasis, «centros» y «espacios más anchos», en los que late la experiencia poética, más antigua y más sabia que nuestra razón, del descenso a los infiernos<sup>14</sup>. Toda la obra de Zambrano es un intento por encontrar el modo de acceso a ese punto desde el que pensar y ver y al que reconducir la experiencia filosófica. «Mas siempre, por muy hondo que haya llegado el descenso y por muy larga que haya sido la detención, el viaje poético era de ida y vuelta, y de él se traía la palabra. Aunque necesariamente algo que-

<sup>10</sup> *Claros del bosque*, pág. 30.

<sup>11</sup> Op. cit. pág. 15

<sup>12</sup> «Hay que pensar desde un punto fuera de toda historia, lo que a Ortega le sería absolutamente inconcebible. Y desde este punto ahistórico se abre una posibilidad, porque este punto situado en el vacío no puede ser cualquier punto, sino uno desde el cual la comunicación es posible. Un vacío cualitativo». *Los sueños y el tiempo*, pág. 156.

<sup>13</sup> «Y el silencio. Todo ello no conduce a la pregunta clásica que abre el filosofar, la pregunta por «el ser de las cosas» o por «el ser» a solas, sino que irremediamente hace surgir desde el fondo de esa herida que se abre hacia dentro, hacia el ser mismo, no una pregunta, sino un clamor despertado por aquello invisible que pasa rozando. «¿Adónde te escondiste?[...]» A los claros del bosque no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar». *Claros del bosque*, pág. 17.

<sup>14</sup> María Zambrano afirma que sólo por analogía podemos decir que las ruinas, los sueños, los templos, son «claros del bosque», los centros. Y es que los claros no son hechos por nadie, sino por sí mismos, son anónimos. En los claros la acción humana está al margen, no cuenta. *Claros del bosque*, pág. 11.

dará sin poder darse en ella, ya que la palabra viene siempre de lo inefable; todo lo que se dice nace, como la luz que vemos, de una placenta de sombra»<sup>15</sup>. La luz viene de la Noche. Y los claros nos llaman, nos atraen, no hay que ir a buscarlos, aquí, el esfuerzo humano no cuenta, queda borrado; tampoco hay nada en ellos, «nada determinado, prefigurado, consabido... Mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada». No debe confundirse esta experiencia con la del conocimiento, la del conocimiento racional y calculador, el claro no es un mundo que nos proporcione las explicaciones de éste, ni los fundamentos, no es una dialéctica que en síntesis supere las contradicciones, sino un abismo abierto en la vida poblado de signos, gérmenes, figuras y señales, promesas de un próximo despliegue de la vida oculta del ser. Un espacio sin historia, *donde la palabra se libera de nuevo del lenguaje* en una comunión con el acontecimiento de una muerte que es comienzo y retorno. Un espacio sin discurso, un espacio de mirada y de escucha.

No cabe duda de que la conciencia suministra un puente y un ideal de continuidad y de presencia frente a una realidad fragmentada. En los sueños se produce un doble movimiento por el cual el hombre se desprende de su inmediato presente, lo olvida, pero entra y pasa, se sumerge en una escena que recupera y rescata lo olvidado, asiste a una revelación de lo perdido y abismado. Pero ¿qué ocurre cuando despierta? El presente olvidado se hunde en el pasado, y al despertar se produce un casi nacimiento: entonces la ciudad es abierta de nuevo, la Noche ha terminado y comienza un nuevo ciclo —de olvido y revelación—. La conciencia y el Yo vuelven a efectuar paso por paso su acción arquitectónica; la realidad perdida es recuperada bajo la forma de un nuevo presente y el sueño queda suspendido hasta que la noche abra su telón de acero.

Cuando el hombre duerme la realidad se oculta, pero la vida humana no desaparece con ella, sino que se transforma, el hombre nace a otra realidad distinta de la cotidiana, se libera y se desprende de las circunstancias. Y con ello salta a otro tiempo más original, lo atemporal. «Dormir —dice María Zambrano—, es regresar. Volver a la situación prenatal, a estar inmerso dentro de algo inmenso, oscuro, inevitable»<sup>16</sup>. El sueño es un viaje, una exploración por los confines de la vida donde la vida humana se desprende de sí misma y es abandonada a la fatalidad; el hombre es envuelto por la totalidad de la vida y los fragmentos de la realidad se reúnen fuera del orden del Yo. El vacío comienza a formarse, ese «vacío cualitativo» al que hay que llegar para poder pensar. El acontecimiento y el acto de absoluta confianza de cerrar los ojos se constituye en la visión de una plenitud a la cual el hombre es arrastrado; una acción que constituye un acto de total confianza en la vida. Es ese momento en el que el durmiente se asemeja a una planta: un máximo de ser con un mínimo de vida. El tiempo del durmiente se confunde con el tiempo de todo lo viviente, con un puro transcurrir que en su libertad se convierte en atemporalidad. El durmiente se ha hecho naturaleza.

Para María Zambrano, la reconstrucción de la conciencia a la que nos hemos referido es falsa y olvida demasiadas cosas. Olvida y oculta esas otras sombras de las que también está formada la realidad. El camino hacia la identificación no pasa por la conciencia, ni por el concepto, tampoco por el orden impuesto por el Yo; sino por la experiencia de los «claros del bosque», «huecos de atemporalidad»; por acontecimientos y experiencias capaces de atraer desde su propio abismo, y que como el sueño interrumpen el transcurrir del tiempo. Y es que lo que María Zambrano denuncia en esa operación mediante la cual la conciencia crea una

<sup>15</sup> María Zambrano, *Andalucía. Sueño y realidad*, pág. 94.

<sup>16</sup> *Los sueños y el tiempo*, pág. 62.

falsa continuidad es el cercenamiento y la mutilación de la vida. De aquí el privilegio otorgado al sueño pues cuando el Yo es desposeído y cae en él, la psique, dice María Zambrano, entra en ruinas, se viene abajo, se desarma. «Sin el eje y el sostén del Yo la psique ofrece, entregada a sí misma, a su ir y venir atemporal, la imagen perfecta de la perfecta ruina»<sup>17</sup>. De este modo, las ruinas son la imagen perfecta del sueño. Lo que el sueño es a la vida, es la ruina a la ciudad y a toda una cultura.

Si Nietzsche afirmaba que no había hechos sino interpretaciones, María Zambrano podría afirmar por su cuenta que no hay hechos sino nacimientos. «Incipit vita nova». Cada despertar, cada recordar, cada sueño y cada revelación son un nacimiento, una aparición de algo oculto, invisible e invivido hasta entonces. María Zambrano ha sentido y pensado la fascinación y el asombro por lo vivo hasta transformar el pensamiento en una experiencia del nacimiento<sup>18</sup>. Toda la vida se encuentra transitada a cada instante por múltiples nacimientos. Todo despertar es siempre un milagro, una aparición. Toda revelación es una repetición. «Todo es revelación, todo lo sería de ser acogido en estado naciente. La visión que llega desde afuera rompiendo la oscuridad del sentido, la vista que se abre, y que sólo se abre verdaderamente si bajo ella y con ella se abre al par la visión»<sup>19</sup>. Una profunda piedad hacia el mundo recorre esta filosofía del acontecimiento o del nacimiento. Y llegará el día en que el pensamiento reconozca la sabiduría de esas experiencias perdidas, las acoja y se mantenga en ellas con el único propósito de liberar la vida. Es que mucho antes de la aparición del sentido, y de su oscuridad, existe un inefable del que viene toda palabra y todo sentido y al que cada despertar

conduce. Y de ese lugar límite sólo podemos tener una visión puesto que los centros son, ante todo, «medios de visibilidad». El viaje poético, el viaje del soñar, el éxtasis, lo que ofrecen, no es sólo un cambio de mirada, sino una perspectiva diferente. Como diría Claudio Rodríguez se trata de una «mirada sin dueño». Un medio liberado del poder de la conciencia. El poder de todos estos «centros» es el poder transformador de la contemplación.

Si nos adentramos ahora en el espacio de las ruinas observamos sus paralelismos con el sueño. Las ruinas no son, sin más, los hechos del pasado tal y como se dieron, sino «la visión de los hechos en su supervivencia, el sentido que sobrevive tomándolos como cuerpo. No los acontecimientos tal como fueron, sino lo que de ellos ha quedado: su ruina»<sup>20</sup>. Las ruinas son vacíos en el centro del acontecer de la historia que rompen y detienen su continuidad y desarrollo; a partir de ellas algo se desvía de la historia y toma un camino y un sentido diferente dirigido hacia otra dimensión que no es histórica ni social. Las ruinas son precisamente lo que escapa a los hechos, el resto de una vida que se fue con ella pero que no llegó a ser vivida. Restos, es decir, aquello que no entra en el reparto, que no es de nadie y no puede dividirse, está fuera de la división.

«La contemplación de las ruinas ha producido siempre una peculiar fascinación, sólo explicable si es que en ella se contiene algún secreto de la vida {...} de algún ensueño de libertad aprisionado en la conciencia y que, sólo ante la contemplación de algo que objetivamente lo representa, se atreve a aflorar, de un ensueño, necesitado como todos los que se refieren a nuestro secreto {...} de la *catharsis* de la

<sup>17</sup> Op. cit. pág. 119.

<sup>18</sup> La misma fascinación que sentía Bataille, tan sorprendentemente cercano a Zambrano, al escribir: «Lo que llamo la noche difiere de la oscuridad del pensamiento; la noche tiene la violencia de la luz. La propia noche es la juventud y la embriaguez del pensamiento». «Si el hombre no cerrara soberanamente los ojos, terminaría por no ver ya lo que vale la pena ser mirado». «Nunca olvidaré lo que de violento y maravilloso se vincula a la voluntad de abrir los ojos, de ver de frente lo que es, lo que ocurre».

<sup>19</sup> *Claros del bosque*, pág. 51.

<sup>20</sup> María Zambrano. *El hombre y lo divino*, pág. 250.

contemplación. Y las ruinas producen una fascinación derivada de ser algo raro: una tragedia más sin autor. Una tragedia cuyo autor es simplemente el tiempo; nadie la ha hecho, se ha hecho»<sup>21</sup>.

Las ruinas son lo más vivo de la trama de la historia, lo que sobrevive a su destrucción: monstruosas, parecen los restos de un crimen. Pero no porque sean lo que ha logrado alcanzar el presente, sino porque no pertenecen ni al pasado. Simplemente no pertenecen. Pues siempre queda en lo vivido una potencia que no puede ser efectuada: esta potencia es la que brilla en las ruinas. Lo que por mucho que se viva, se recree y se interprete nunca llega a agotarse. Conservan un sentido, pero no es aquel para el que fueron edificadas, sino el sentido de todo lo que ocurrió y sucedió pero que «no alcanzó el ser». Todo lo que podría haber ocurrido pero no ocurrió, las ruinas son el lugar de la imaginación y la fantasía. Por eso, dice Zambrano, las ruinas son infinitas, indefinidas. De aquí la absoluta fascinación de entrar en un lugar abandonado, con todos sus objetos inservibles, sus muebles rotos, algo en ellos parece desprendido de la vida. Las ruinas al resistir el avance y la destrucción de la historia se salen de ella, se han liberado de sus circunstancias, son los claros de la historia. «Lugar sagrado porque encarna la ligazón inexorable de la vida con la muerte... Lugar sagrado donde el tiempo transcurre con otro ritmo que el que rige más allá, a unos metros tan sólo, donde la actualidad se agita»<sup>22</sup>. Las ruinas son el afuera de la ciudad. Nos sitúan en un límite entre lo vivo y lo muerto que es también, por sí solo, un medio de visibilidad. Son puertas de percepción. Y la mirada que desde ellas se logra afecta a todo el paisaje, es una mirada en ruinas.

Sabemos que las ruinas son obras únicamente del tiempo, no tienen autor, ni padre, se hacen solas. El tiempo histórico es devorado por el puro pasar que no distingue entre presente, pasado y futuro. Ahora bien, es este puro pasar

el que parece conducir directamente a lo atemporal. El máximo de tiempo produce su desaparición. Pero si respecto del sueño veíamos que era la desposesión del Yo lo que producía la ruina de la psique, entonces ¿qué es lo desposeído en una sociedad o en una ciudad, en un edificio o en un templo para que deje paso a la ruina? La ruina muestra la destrucción de lo humano: sus utilidades, sus trabajos, sus riquezas, sus poderes. La ruina avanza cuando el poder del hombre se desploma y sus acciones alcanzan una pasividad ofrecida al tiempo.

«El algo que queda del todo que pasa». Si de las ruinas emana lo divino es porque antes lo sagrado daba ser al lugar. Productos del puro transcurrir cuando, paradójicamente, este tiempo deja paso a otro tiempo, lo atemporal. Y es que el puro pasar y transcurrir no traza una cronología. La historia y sus sucesos dejan de hablar para dar paso a la naturaleza, que toma su revancha y su venganza sobre la obra humana y divina cubriendo de yedra y de vida vegetal lo que fue obra cultural. En esto consiste, dice Zambrano, su peculiar fascinación: las ruinas han perdido su significación original y se hunden en la naturaleza hasta que parecen brotar de la tierra. Cronos devorado o confundido con Gea, pues parece como si la tierra engullera el tiempo. Como los pinos, los cipreses, las ruinas son los símbolos de una vida pura, de la comunicación y la identificación; lugar y tiempo donde se reúnen el cielo y la tierra, el agua y el cielo, la vida y la muerte. Lugar de devenir, de metamorfosis, de beatitud. De aquí que cualquier ruina semeje un templo. Lugar que llama y pide volver. Eterno retorno de la Noche, de lo sacro, donde ya no hay tiempo a no ser que sea el de la sincronía de todo lo vivo.

Pero en nuestros días de las ciudades desaparecen las ruinas que se convierten en museos, como de los pueblos desaparece el idiota haciendo más difícil aún alcanzar «la invisible patria que arrastra consigo».

<sup>21</sup> Op. cit. pág. 251.

<sup>22</sup> Op. cit. pág. 254.